



INSTITUTO DE LA CULTURA TRADICIONAL SEGOVIANA MANUEL GONZÁLEZ HERRERO

|TRIBUNA| LUIS DÍAZ VIANA (*)

Otra neoruralidad o la migración de retorno al campo en Castilla y León

¿POR QUÉ SE VUELVE? ¿A qué? Probablemente, sólo quien tuvo que dejar su lugar de origen para regresar al cabo del tiempo a él puede tener alguna idea aproximada al respecto. Pero, si les preguntamos a los retornados sobre ello, nos darán sus propias e individualizadas respuestas, que no son o equivalen a todas las respuestas posibles. Habrá tantas como experiencias, tantas razones para volver como para no hacerlo. Y, con todo, las explicaciones que alcancemos a formular -después- resultarán siempre incompletas sin otra pregunta previa: ¿Por qué nos vamos? Pues, en efecto, ¿por qué se fueron quienes marcharon hace años del terruño si nunca dejarían de pensar en el regreso? ¿Por razones económicas? No sólo, desde luego. Entonces ¿por qué? ¿Acaso necesitamos partir para volver?

Estas son algunas de las cuestiones que hemos intentado responder en el libro derivado de un apasionante proyecto de investigación que Óscar Fernández, Pedro Tomé, Ángeles Valencia y quien esto escribe acometimos hace algo más de tres años. ¿'¿Dónde mejor que aquí?' es su título y el Instituto de Estudios Europeos de la Universidad de Valladolid la entidad que lo acaba de publicar. Pero antes de proseguir habrá que acotar de qué tipo de migración estamos hablando en esa publicación. Y lo hacemos de aquella que va de los pueblos a las ciudades; del campo a urbes que pueden ser una de al lado u otras mucho más lejanas. Y -sobre todo- pretendemos hablar en el libro del retorno de los que se fueron (o incluso del de sus descendientes) en el marco del mundo rural de Castilla y León

¿Cómo afecta el regreso a los mismos emigrantes que vuelven, a su relaciones de pareja y familia? ¿Y cómo a los lugares donde regresan? ¿Qué impacto tendrán estos regresos anunciados en los propios pueblos? ¿Los renuevan, los cambian, los alteran? ¿Es el regreso un gesto implícito a favor del mundo que se dejó o el callado reconocimiento de un fracaso en el "de fuera"? ¿Se tratará de una forma de rotundo mentís a los planteamientos falsamente modernizadores y por tanto equivocados que tanta influencia tuvieron en el éxodo a las ciudades? ¿Se produce con el retorno de los que regresan una aserción del tipo de vida que se dejó atrás en el campo frente al modo de vivir urbano? Y, más aún, ¿sigue existiendo en algún lugar ese ti-



"De vuelta a casa". Fotografía de Navas de Oro en 1969 cedida por el antropólogo Joseph Aceves para la portada del libro "¿Dónde mejor que aquí?"

Evitar que los jóvenes se vayan de pueblos cada vez más muertos o languidecientes resulta -en verdad- difícil. Porque ellos están convencidos de que siempre van a encontrar más oportunidades para encauzar su vida y desarrollarse desde sus capacidades como personas fuera que si se quedan a malvivir en su terruño

po de vida que se añora? Porque la vida de los pueblos que se abandonó, a su vez, y mientras tanto, también ha cambiado. No sólo ellos -los que se fueron- han evolucionado: quienes se quedaron fueron igualmente transformándose con el tiempo. Los emigrantes han seguido estando de algún modo presentes. Muchos del pueblo les echaban de menos, pensaban en ellos.

Por la tanto, los retornados a su regreso no encontrarán nunca el mundo que tanto añoraban. Porque ese mundo ya no existe. Y el mundo que se encuentran a su vuelta y quieren conservar o rehacer está a punto de dejar de existir. Ahí -en ese punto- es donde su decisión cobra sentido: su elección de volver constituye una aportación individual para que ese mundo no desaparezca del todo, aunque tenga que ser adaptado a las nuevas circunstancias como ellos mismos -los emigrantes- se han adaptado y readaptado, primero a la vida de la ciudad y luego al campo; o -en muchas ocasiones- a ambas cosas a la vez para seguir viviendo: son los que se van y regresan verdaderos ma-

estros en readaptaciones. Pues en eso consiste el sobrevivir. Y esa capacidad de adaptación les prepara y califica especialmente para enfrentarse a un arduo futuro.

Evitar que los jóvenes se vayan de pueblos cada vez más muertos o languidecientes resulta -en verdad- difícil. Porque ellos están convencidos de que siempre van a encontrar más oportunidades para encauzar su vida y desarrollarse desde sus capacidades como personas fuera que si se quedan a malvivir en su terruño.

Con lo que la estrategia -muy en boga hace unos años- de favorecer desde medidas políticas un "rejuvenecimiento del campo", puede resultar bastante ineficaz si con ello se olvida la nueva prioridad de propiciar un envejecimiento digno en él, o -básicamente- una vida aceptable para todos (sin adjetivos que se refieren a la juventud o a la vejez, pues ni una ni otra cosa equivalen a algo bueno o malo, en sí). Y es que para evitar al menos que se vayan también los mayores o ayudar a que retornen los jubilados, aunque sólo fuese por el simple hecho de que así se man-

tengan las viejas casa en pie, hay que procurar que los habitantes del medio rural puedan seguir gozando de "servicios mínimos". Si regresan los adultos, además, es fácil que "tiren" del resto de la familia. Por lo que ayudar al retorno de los que se fueron -pero no retóricamente, sino de verdad- puede ser la mejor manera de poner las bases del futuro.

"Cerrar pueblos" o reunificarlos -y reducirlos- arbitrariamente es convertir el campo en un desierto. Y sanidad, transportes o escuelas, se precisan en cualquier parte para que la gente siga viviendo allí. Lo mismo que tenían en los ámbitos urbanos a los que habían emigrado deben encontrarlos estos retornados en el lugar al que regresan. ¿No puede haber de esto en cada pueblo? Entonces que lo haya en cada cabecera de comarca y que se reorganicen éstas -las comarcas- como centros de servicios. Pues, por ejemplo en Castilla y León, las comarcas nunca dejaron de existir para la mentalidad de la gente, ya que son las comarcas su realidad cultural y natural o física. Un verdadero e innegable horizonte identitario.

Hay que aprovechar, por lo tanto, los recursos utilizables del pasado para conquistar el futuro. Un pueblo es la relación entre pasado, presente y futuro en un mismo lugar. Un pueblo es una comunidad de personas presentes o ausentes, ya estén éstas últimas muertas o vivas. Es en ese anclaje, en esa seguridad que da el sentir que se pertenece a algo más amplio que la individualidad, donde se tejen y destejen las comunidades; donde persisten o no los pueblos a lo largo y ancho del mundo.

Con todas las prevenciones y matices -que en el libro mencionado se explican- a la hora de separar como totalidades contrapuestas la vida rural y urbana, puede haber finalmente algo que sí las distinga. Y ello -que quizá es la única gran diferencia entre campo y ciudad (considerados en abstracto)- está relacionado con la continuidad en la ausencia: en los pueblos, más que en las ciudades, resulta fundamental saber que otros que vivieron allí tienen algo o mucho que ver con nosotros, como lo tienen los que vendrán.

La tierra nos une: a vivos, muertos, ausentes o emigrados. Los mismos rituales ya los realizaron otros antes que nosotros y deben seguir haciéndose para mantener y reforzar esa idea de comunidad más allá de las idas y venidas, de las transformaciones, de las guerras, de los avatares del tiempo. Y es, principalmente, por todo esto, que nos marchamos pensando lograr una vida mejor y volvemos convencidos de que no hay lugar mejor para vivir que aquél al que uno sabe que pertenece.

Porque cuando uno empieza a pensar y a sentir que ya "no pinta nada" allí donde trabajaba y vivía ¿por qué no volver al principio?

Pues ya no sólo para vivir, sino también y sobre todo para morir, ¿dónde podremos estar mejor que en aquel lugar en que vivimos y crecimos?

¿'¿Dónde mejor que aquí?'

(*) Profesor de Investigación del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC) Miembro del Consejo Asesor del Instituto de la Cultura Tradicional Segoviana.



Diputación de Segovia